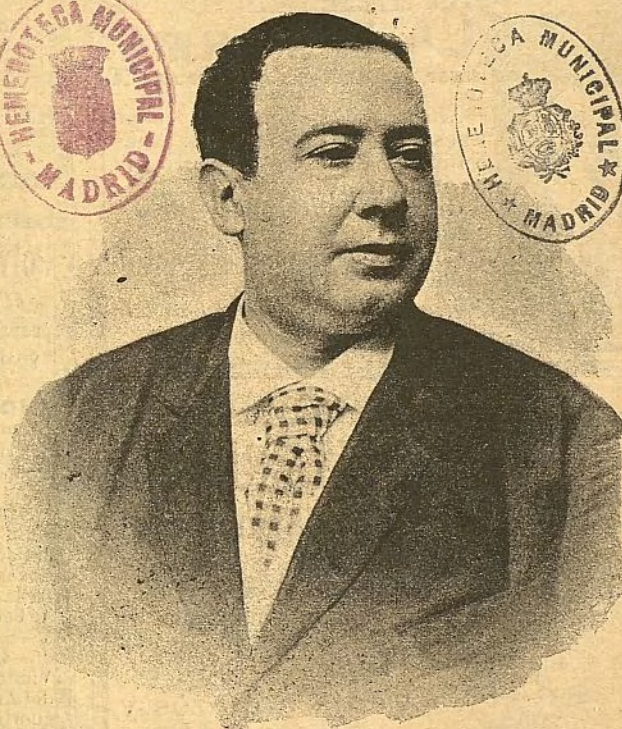


LA SEMANA CÓMICA

Nuestros actores



RAMÓN HIDALGO

EMULSION TEIXIDÓ

de aceite de hígado de bacalao. — Recomendada para la curación de las escrófulas, raquitismo y debilidad.

FARMACIA

ELIXIR re-constituyente
TEIXIDÓ
 a base de protocloruro de hierro, hemoglobina, coca y nuez de kola.
 Cura la anemia, clorosis (debilidad de la sangre).

02-MARZO-02

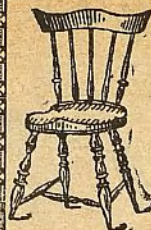
Pildoras an-tineurálgicas
TEIXIDÓ

Curación de la migraña y demás dolores nerviosos de la cabeza.

TEIXIDÓ

ELIXIR DIGESTIVO
TEIXIDÓ

Facilita la digestión: cura la dispepsia y atonía del estómago.



LA SUECIA

8-Pelayo-8
 BARCELONA

Grandes Talleres y Tienda de
MUEBLES Y SILLERÍAS
 del País y Extranjero. A PRECIOS DE FÁBRICA
 Elegancia, Solidez y Economía
 Especialidad en el amueblaje de Eondas, Casas, Torres y Oficinas. Único depósito en España y Portugal de las legítimas SILLAS SUECAS tan universalmente recomendadas

Muebles de balde

La última palabra en muebles
 COMPETENCIA
 CON TODAS LAS LIQUIDACIONES
LA AMUEBLADORA
SIN RIVAL
 (antes EL DIABLO)
 (No me olvides! P.ª Verónica, 2
 (junto al Casino Mercantil)
 TAPIZADOS—CORTINAJES
 Silleros regalados

TEMPORADA de INVIERNO



PELUQUERÍA DE LUIS XVI
 43—Ramblade las Flores—13

Servicio esmerado. Salón para señoras

LA REFORMA

Bazar de Camisería y Corbatería

Alta novedad en medias, calcetines y guantes de fantasía; especialidad para niños en negro indestructible.

Gran surtido en sombrillas y abanicos.

Confección de ropa blanca para señoras y caballeros.

Plaza de Santa Ana, 4 (edificio del Fomento) y Canuda, 28.



SANTASUSANA

33. Carmen, 33

En esta casa se venden las mejores máquinas de coser y para hacer calceta. Camas, relojes, etc.

Venta á plazos y al contado.



Polvos Imperiales

AL CISTUS ALBUM

preparados por el Dr. Pizá
 y compuestos de pasta de almendras

INDISPENSABLES
 en todo tocador

Son diáfanos, transparentes y de finísimo perfume.

Puntos de venta:

En las perfumerías de J. Dachs, Fernando, 55.—Covas, Cucurulla, 2.—P. Baltasar, Santa Ana, 21.—A. Ferrer, Plaza Sta. Ana, 5.—S. Vives, Pasaje Bacardí.—Lafont, Fernando, 59.—Viuda de Huguet, Puerta del Angel, 16.—En las droguerías de Banús, Jaime I, 18.—Rus, San Pablo, 68.—Plaza Universidad, 6; y guantería La Distinguida, Call, 22, y Peluquería Luis XIV, Rambla de las Flores 13.



Boquería, 31

PLAZUELA DE LOS CIRJOS, 1

Fábrica de camisas y corbatas. Ropa blanca para señora, géneros de punto, guantes, mitones, pañuelos novedad y fantasía para la mano. Especialidad en la confección á medida. Cinturones de moda.

PRECIOS SIN COMPETENCIA
 Variación continua de géneros
 R. Bragulat
 Boquería, 31



QUINA' MOMO
 EL LICOR
 más sano

y agradable
 de cuantos se conocen

Carretera
 de Mataró, 104
 (San Martín de Provencals)

LA ECONÓMICA
 25-SAN RAMON, -25

La casa que vende más barato
 en Barcelona

SOMBREROS INGLESES DE 5 Á 10 PTS.
 Kiosco con muestras, en la Rambla,
 frente al Liceo.



No extrañen los lectores que de nuevo tome á los ferrocarriles como tema para estas crónicas.

El asunto se presta, como ninguno, para hacer artículos festivos; porque, ¿qué cosa más *chocante*, hoy por hoy, que los trenes de España?

Descarrilamientos por la mañana, choques por la tarde, retrasos y entorpecimientos á todas las horas del día.

La crónica ferrocarrilera sigue siendo un desenfreno, ó mejor dicho, un de-sin-freno.

Ya nadie pregunta: ¿Ha llegado el expreso á su hora?, sino ¿Le ha llegado su hora al expreso?, porque tarde ó temprano todo el material móvil ha de sufrir el percance que le corresponde por clasificación.

—¿Qué le pasa al correo de Zaragoza?—solemos preguntar, manoseando el billete de andén.—Son ya las once de la noche y no llega; por lo visto vá á venir muy tarde.

—¡Cál! no lo crea V.: llegará temprano; allá á las ocho de la mañana ó cosa así.

—¿Ocurre algo en la línea?

—Nada de extraordinario: que la vía está cortada en varios sitios y recién compuesta en los restantes; de manera que los viajeros tienen que hacer un par de docenas de trasbordos y todos los trenes marchan con precaución.

—¡Todo sea por Dios! Lo principal es que los viajeros lleguen buenos y sanos.

—Así es de esperar; como no suelten por ahí algún tren de mercancías á contra pelo, porque entonces, si se encuentran en el camino...

—¡Ya lo creo! Si en el camino se encuentran, *qué de cosas se dirán...* en la prensa, en los cafés y en las tertulias.

La tranquilidad de ánimo y la serenidad de espíritu son cualidades necesarias en el personal de ferrocarriles; pero ¿cómo conservar la una ni la otra ante la repetición de las catástrofes, el clamoreo del público y la enérgica campaña de los periódicos?

Jefe de estación habrá, si esto sigue, que salga á recibir el tren con la lámpara del comedor, en vez del farol reglamentario, y guarda barrera que en lugar de poner las cadenas paralelas á la vía, las cuelgue cruzadas en ella para mayor seguridad de que por aquel trozo no ha de pasar nada... ni siquiera los trenes de costumbre.

Tan temeraria es, por algunos, la acción imprudente de meterse en un wagón, que ayer decía un caballero:

—Si yo fuera obispo, negaría sepultura sagrada, por suicida, á todo el que perece en un desastre ferroviario.

Lo que parece indudable es que mientras las empresas no pongan frenos de vacío van á estar obligadas á imprimir todo el billeteaje en tafetán inglés y á llenar los caloríferos con agua de azahar, por si los viajeros necesitan con urgencia algún anti-espasmódico.

Estos días pasados se decía que, en vista de los últimos acontecimientos, iban á fusionarse dos importantes sociedades.

Una de ellas es una Compañía de ferrocarriles y la otra una acreditada empresa de pompas fúnebres.

Ha estado á punto de armarse, no la de San Quintín, sino la de San Martín de Provensals. Fortuna que todo lo ha descubierto el delicado olfato de las autoridades, que debe de ser mucho, porque, efectivamente, si el órgano guarda analogía con la función, mucho y muy buen olfato corresponde á quien se queda una y otra vez con un palmo de narices.

Cogióronse á tiempo los tenebrosos hilos, abortó el formidable plan; ya pueden respirar las personas pacíficas; una vez más se ha representado en el teatro social la escena-conjura de *Hernani*: el gran Carlos V sorprende con las manos en la masa á dos docenas de hombres que parecen, desde el paraíso, conspiradores desalmados y son, mirados entre bastidores, modestos é inofensivos coristas que ganan un par de pesetas por velada.

El objeto de la conspiración no era otro que el de poner en libertad á los presos.

Políticos, se entiende, porque los presos comunes disponen de medios sobrados para fugarse cuando les viene en gana.

—¿Con que por poco no hemos tenido otro *Buen Suceso*?—decía escandalizado un caballero.

—Sí, señor: por poco no hemos tenido otro suceso tan malo como aquel.

—Mentira parece que cuando España entera está dando hermoso ejemplo de caridad, socorriendo espléndidamente á los inundados, vengan á oscurecer tan hermoso espectáculo cuatro revolucionarios sin corazón.

—Eso no; que precisamente lo que ellos querían era emplear su actividad en obras de misericordia, como todos los españoles.

—¿En obras de misericordia?

—Ya lo creo; hoy que el gobierno, la prensa, las sociedades é individuos de todas clases se dedican á dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, consolar al triste... ¿qué mejor ocasión para redimir al cautivo?

La culpa de todo échasele á la Bolsa, á la pícara Bolsa, que ya va siendo obligada cabeza de turco en materia de conatos revolucionarios.

Así es que, según afirman, lo primero que hicieron en San Martín de Provensals los agentes gubernativos, fué indagar si alguno de los primeros contribuyentes estaba interesado en negocios bursátiles ó jugaba con el papel del Estado, para meterle en chirona sin más averiguaciones por revolucionario sospechoso y presunto derrocador del orden público.

—¿Sabe V.—preguntaban—si el síndico del Ayuntamiento tienen cuatros perpétuos?

—No sabemos lo que tendrá, pero lo cierto es que está en la cama hace quince días y puede que sea eso que V. dice.

—Nos han dicho—decía un enviado por el gobernador—que el hijo del alcalde está interesado por la baja.

—¿Cál no lo crea V.: el chico está interesado por una, pero no es baja; tiene una estatura regular.

¡Infeliz del vecino á quien hubieran encontrado en los bolsillos algún título de la Deuda pública ú otros valores negociables en Bolsa!

—¡Gran noticia!—exclamaba satisfecho uno de los comisarios barceloneses—hemos sabido que el veterinario tiene *cubas*.

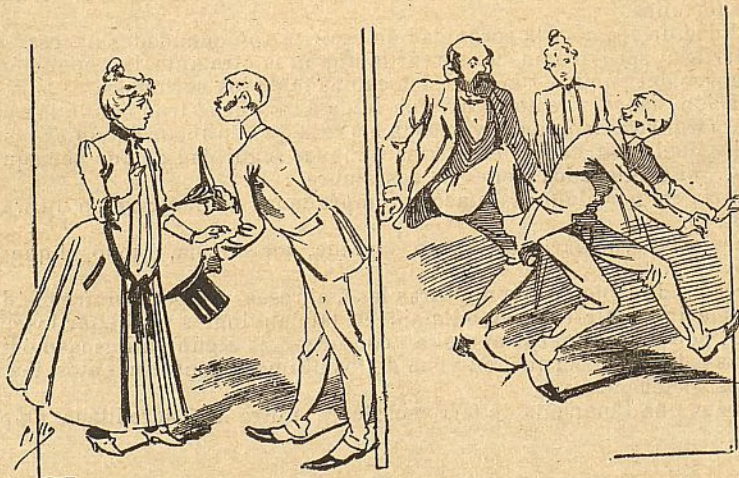
—Es mucha verdad.

—Para venderlas tal vez en el Bolsín?

—Nada de eso: para azufrarlas antes de meter el vino nuevo.

LUIS ROYO VILLANOVA.

REFRAN EN ACCIÓN, por Cilla



Quien da pan á perro ageno

pierde el pan y pierde el perro.

Ayuntamiento de Madrid

LA RISA Y EL LLANTO

He llegado á deducir,
t ras un estu o profundo,
que es más fácil en el mundo
hacer llorar que reir.

Los dramáticos autores
tienen recursos á cientos.
¿No han de encontrar argumentos
entre continuos horrores?

El dolor causa tormento.
Expresadas bien ó mal,
resultan de un modo igual
las notas del sentimiento.

A los cómicos autores,
no echando por el atajo,
sí que les cuesta trabajo
que se rían los señores.

No hay nadie que me convenza.
Es muy duro hacer reir,
porque no hay que confundir
el chiste y la desvergüenza.
El chiste culto y decente
es muy difícil de hallar;
en cambio, yo hago llorar
aun al más indiferente.

De la más fácil manera
llora el hombre más entero.
¡Con hablarle del casero
ya está llorando cualquiera!

Si es comerciante, el quebranto
estalla sin remisión;
con decir... «¡contribución!»
ya asoma á su vista el llanto.

¿Que es un autor *traducido*
que sus malas obras cobra?...
Pues con silbarle una obra
ya llora á moco tendido.

¿Que quiere el llanto causar
de una hembra?... Aunque guapa sea,
le dice en voz alta: ¡fea!
y al punto rompe á llorar.

Sólo hay un medio oportuno
y lógico y verdadero
de hacer reir: *dar dinero*
¡y ese no lo da ninguno!

José JACKSON VEYÁN.



Palo de ciego.

I.

De su desventura en pos, iba por la calle un ciego pidiendo con voz de ruego una limosna por Dios, y siguiéndole á distancia, buscando ocasión propicia para darle (¡sin malicia!) una broma... de la infancia, iban en un pelotón, riendo y gesticulando, unos chicos, arrastrando el más alto el cascarón.

Andando, andando, el buen Diego, que así el pobre se llamaba, oyó una voz que gritaba desde lejos: ¡Ciego! ¡Ciego! Paróse á escuchar y oyó algo mas cerca de sí: —No pase usted por aquí. —¿No se puede pasar?—No.

Otra voz, toda inocencia: —Déme usted la mano—dijo. Tendióla el ciego, bendijo de paso á la providencia y satisfecho y seguro y dejándose guiar, fué andando andando hasta dar con la cabeza en el muro.

Riéndose del engaño huyó la turba inocente y en las risas y en la frente conoció el pobre su daño. Una lágrima de fuego le rodó por la mejilla y siguió pidiendo el ciego por las calles de la villa.

II.

Cuando había ya olvidado el buen Diego aquella escena (que el que está en continua pena pronto olvida lo pasado), iba, como siempre, en pos de su desventura el ciego, pidiendo con voz de ruego una limosna por Dios, cuando otra vez dió con él aquel grupo de tunantes... que un poco más hombres que antes tenían mucha mas hiel.

—¡Ciego!—gritó uno fingiendo un susto que no tenía;—no pase, que se caería á un pozo que están haciendo. Paróse á escuchar y oyó algo mas cerca de sí: —Déme usted la mano á mí, que ya le llevaré yo. Vaciló Diego un momento y... ¡maldita ceguedad! —¿No me engañareis, verdad? preguntó con dulce acento. —¡No, no!...—gozando en el daño gritó aquella turba fiera; pregúnteselo á cualquiera, verá como no es engaño. Y el buen ciego, arrepentido de pensar mal, sonrió, tranquilo la mano dió... ¡y asíó un carbón encendido! —¡Ay! gritó angustiado Diego y mientras reían de él, llorando gotas de hiel siguió andando el pobre ciego.

III

Con la mano dolorida todavía y mal vendada, porque aun no estaba curada completamente la herida, iba al poco tiempo en pos de su desventura el ciego, pidiendo con voz de ruego una limosna por Dios, cuando allá al anochecer para los demás un día, quiso... (no sé quien sería, ¡porque Dios no pudo ser!) que andando en tinieblas Diego por una calle desierta, llegara á una zanja, abierta... ¡como para caerse un ciego! De un gran portalon cercano salía en aquel instante una mujer elegante que llevaba de la mano, envuelto en sedas y tules como en un girón de cielo, á un niño hermoso de pelo dorado y ojos azules. Hijo y madre repararon en el peligro en que estaba, y al ver que más se acercaba, —¡Ciego, ciego!—le gritaron. Paróse; dió al niño aquel la buena madre dinero y el niño alegre y ligero se fué corriendo hacia él. Con infantil alborozo se acercó y le dijo así: —No pase usted por aquí ¡cieguecito! que hay un pozo. Tome usted esta limosnita y deme la mano, hermano; le llevaré de la mano... ¡deme usted la manecita! —¿Si eh? rugió él con fiereza pensando en el brazo malo... Y alzó el otro, blandió el palo... ¡y le rompió la cabeza!

MARCIAL DE LOS RIOS.

La novia del romanista

El marqués de los Arroyos es un sabio; por su amor al estudio de las antigüedades romanas y del Derecho Romano se hizo catedrático, y con éste su amor á la ciencia, á pesar de no haber llegado aun á los cuarenta y de tener una rentita muy estimable, no se ha casado, y, lo que es más, aun no ha perdido el candor de sus primeros años.

—He estado á punto de hacer una locura, —decía á la vizcondesa de Zapico;— á punto, á punto de casarme.

—¿Olvidando los comentarios á la Historia de Montsem?

—Justo, Pilar. olvidándolo todo. Es mi aventura, más que aventura de un catedrático, la aventura amorosa de un estudiante.

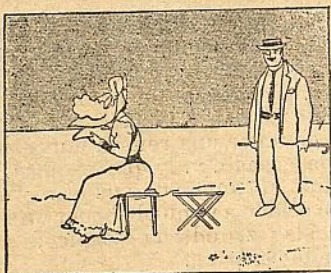
El marqués se revolvió en el sillón, como buscando el modo de ajustarse á los más escondidos rinconcitos de la comodidad, y sonriendo y echando la cabeza sobre el respaldo, aquella su cabezota de sabio, rapada y con grandes entradas en el frontal, miró

al techo, como quien al evocar un recuerdo queda como si se entregara á las imágenes de un sueño.

—Casi tiene la historia, la notita dulzona de una novela sentimental. Iba yo á cátedra pasando siempre por la misma calle, y con la cabeza baja, pensando, como siempre, en el punto sobre que iba á versar mi discurso del día, pero una mañana se me ocurrió mirar á un balcon y en él vi de pie y cosiendo en una maquina de mano, una rubia lindísima... Su cara era viva revelación de la modestia, de la ho-



DONDE MENOS SE PIENSA.....



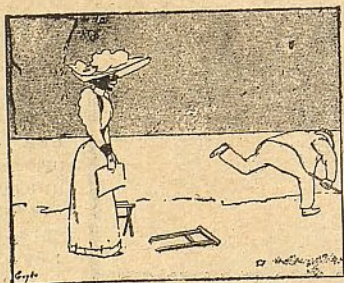
—Esta soledad me alegra



y esta chica me fascina.



—¡Hermosa! ¡Rica! ¡Divina!



—¡Caracoles! ¡¡Una negra!!

nestidad, del pudor y del recato; claro es que luego, siempre que yo pasaba por allí, había de mirar al balconcito y allí, con su labor entre las manos, veía á la preciosa niña. No sé cómo ó por dónde el interés que esta muchacha iba despertando en mí pudo ser descubierta, aun que más bien creo que, no á que se descubriera, sino á pura casualidad, se debió que un compañero me presentase al padre de la muchacha, rico propietario, hombre honrado y estimable, al cual poco á poco fui haciéndole comprender el deseo que tenía de casarme y cuáles eran mis gustos: mujercita joven, linda, y sin extremar mucho mis exigencias por no alarmarle, sólo alabé la laboriosidad, de modo que bien pronto entendió que aludía á su hija, púsose muy gozoso y al fin, como le hablara con franqueza declarándole mi afición á la niña, quiso presentarme á su mujer... pero yo le supliqué que no se diese por entendido y que me dejara hacer libremente la conquista de la voluntad de la niña. ¡Diablo, no fuera que por la codicia de mis cuartejos y la vanagloria de ser marquesa la chiquilla me fingiese un afecto que estuviese bien lejos de sentir!

La vizcondesa, con risa de blanda y delicada ironía, celebró la previsión de su amigo.

—Confieso, Pilar, que tuve días muy felices, verdaderamente muy felices; despertaba más alegre, sentía impaciencia por que llegase la hora de pasar grave, tranquilamente por la calle y dirigir á la muchacha una expresiva mirada, á la que algunas veces correspondía... ¡Pero era tan pudorosa y tímida!.. Impaciente me sentía por salir de cátedra y volver á pasar por la calle y ver de nuevo á la muchacha. Quería ir lentamente despertando su curiosidad. Las jóvenes han de ser como los niños y supe sin duda muy bien lo que debía de hacer.

—Un seductor consumado, querido Marqués.

—¡Ah, pero no tuve suertel! un picaro estudiante de mi clase dió en la gracia de ir á aquella misma calle donde vivía su novia. Esto me preocupó, quitábame libertad; ¿pero cómo evitarlo? Por la mañana, por la tarde, allí estaba el estudiante. Vaya, le preguntaré la lección, y si no la sabe, le llamo aparte y un consejito y una advertencia. Voy á clase, pregunto al tunante, y me contesta admirablemente. ¿Si? Pues mañana no me esperas. Le pregunté; igual resultado y siempre que le preguntaba el picaro estaba prevenido y eso que á la verdad no era aplicado; no lo era más que en mi clase y por quemarme la sangre. El muchacho era simpático, no sé qué alegre malicia brillaba en sus ojos, que lejos de inspirarme recelo alguno, me infundió confianza. Un día le llamé.

—Señor Fulano, le dije, poniéndome sin duda colorado. Soy soltero... Y me detuve. El chico, que no comprendía que aquello tan sabido pudiera ser objeto de una confesión confidencial estuvo á punto de echarse á reír, pero leí en sus ojos esta respuesta: Eso de que eres soltero lo sabemos.

—Soy soltero, y un hombre no debe serlo mucho tiempo...



Aquí no sé los graves desatinos que debí decir al muchacho, comprendiendo, aunque tarde, sin dudar, loriculo de mi conducta al ir á dar satisfactorias explicaciones al último de mis alumnos... Pero en fin, ello fué que hube de pintarle, adoptando un tono jovial y campechano, la mujer ideal, una mujercita muy casera, que no fuese aficionada á bailes, paseos y sobre todo teatros, círcos y baños... Le dije cuál era mi preferida, muy á gusto y gozo de los padres de ella; le expliqué mi plan y le rogué que si tenía novia en aquella misma calle fuese á verla á otra hora y el pobre muchacho así me lo prometió y yo al poco tiempo empecé á ser el más feliz de los hombres... La niña me miraba... Muchas veces su madre debió advertirla que yo pasaba por la calle. La niña ocupada en su labor... la niña... me miraba... pero al mismo tiempo reveló de pronto la niña endiablada mudanza... ó mejor puede ser que no fuera mudanza, sino que respondiese á una costumbre antigua, costumbre por casualidad interrumpida por el tiempo que hacía que yo la galanteaba... La maldita costumbre de ir todas las noches al teatro, las tardes á paseo... Esto menos mal, pero aquello del teatro... era gravísimo y por ello dejé de galantearla... ¡Diablo! fui previsor.

—¿Y la abandonó V., marqués?—preguntó la condesa con tono lamentoso y cómico, admirablemente disimulado...

—Ah, es claro... Pero mire V. lo que son las casualidades... El estudiante ha acabado este año la carrera y no se casó tampoco él con la novia que tenía en la misma calle en que habitaba mi preferida... ¡Cosa más sorprendente!—dijo el sabio expresando con sus ojos la mayor ingenuidad y sencillez. ¡Cosa más extraña! ¡Se casó con la niña que yo había escogido!

—¿De veras?—exclamó la vizcondesa sintiéndose llena de alegría y haciendo por contener la risa. —¡Sorprendente casualidad, en efecto! ¡Oh, mi querido Doctor, voy á repetirle lo que la corte sana de Pisa dijo á Juan Jacobo: «Deja la *donna* y cuida las matemáticas.»

El romanista, no vió bien el fondo de la aventura amorosa y sigue admirando los complicados tejidos de la casualidad, en tanto que su alumno y su preferida gustan de las delicias del amor, en la aurora del matrimonio.

¡Quiera Dios, que luego aquel no se anuble ó enfrie!

José ZAHONERO.



Malagueñas

Me dijo una desgraciada:
—¿Por dónde iré al hospital?
Y la contesté riendo:
—Por el camino que vas.

A la orillita del mar
una noche me senté.
Lo comparé con mis penas...
¡qué pequeño lo encontré!

Porque á mi madre offendieron
a ofensa lavé con sangre,

y el juez me mandó á presidio,
cuando él también tiene madre.

A Dios le pedí morir
y Dios mis ruegos no oyó.
Hoy, que me quieres, comprendo
lo bueno que ha sido Dios.

A la orillita del mar
puse tu nombre en la arena.
¡Qué alegres se iban las olas
después de besar las letras!

ALFONSO TOBAR.



Cavilaciones ⁽¹⁾

En la biblioteca de mi pueblo hay un subterráneo donde yacen enterradas las obras de Rabelais, de Voltaire y de Strauss.—¡Qué gran vino cuando lo beban nuestros nietos!

Hay muchos que creen imitar el estilo de Víctor Hugo, cuando en realidad sólo imitan el de sus traductores.

Señales infalibles de gusto grosero é inculto: hablar alto, dormir-se en el Real, llamar ruido á la música, y á Castelar organillo.

En las federaciones de la amistad suele haber un pacto tácito: el de la igualdad de ingenio y de fortuna. El que brilla más, el que sube más, está fuera del pacto; se le declara la guerra.

Conozco yo un poeta que siempre que escribe da en el tema de decir que no es poeta. Y lo prueba como Diógenes probaba el movimiento.

No es perjudicial haber estudiado Retórica y Poética en la segunda enseñanza, y Literatura y Estética en la facultad: un abogado, un político, pueden contentarse con eso. Un crítico necesita algo más; olvidar la mitad de lo que ha aprendido en las aulas. Pero ¡ay de él si no sabe la otra mitad! Y sobre todo ¡ay de él si no llena con propias doctrinas y estudios de experiencia el vacío que deja lo que se debe olvidar!

Un sabio moderno ha dicho que la envidia no es un pecado, que es una pena. Yo creo que es un pecado... que en el pecado lleva la penitencia.

Fé, es creer lo que no vimos. Está bien. Pero muchos añaden: como si lo hubiéramos visto. Este es el error de la fé.

El figurarse cómo es Dios, sirve para algo. Para saber que de fijo no es como uno se lo figura.

Si muchos poetas tuvieran presente que es mala crianza hablar mucho de sí mismo, ¡cuánto *lirismo* nos ahorraríamos todos!

Un entusiasta del gran trágico inglés, decía:
—¡Cómo se parece la naturaleza á Shakespeare!

Es mucho más fácil aprender el buen tono de los salones y dirigir bien un *cotillón* entre príncipes, que admirar dignamente una puesta de sol.

Se han inventado muchos sofismas y frases de efecto para disculpar el plagio literario. Los autores honrados deben proceder en esto como los comunistas, cuando son personas decentes: ponen en tela de juicio la propiedad, pero no roban.

Los imitadores en literatura son imágenes del maestro reflejadas en espejos convexos.
Cuanto más se acerca el espejo, más deforme es la imagen.

CLARÍN.

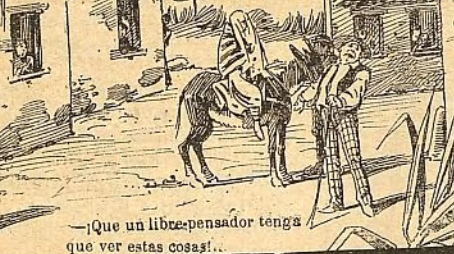
(1) Del libro *Solos de Clarín* (cuarta edición) recientemente publicado.



El Monarca



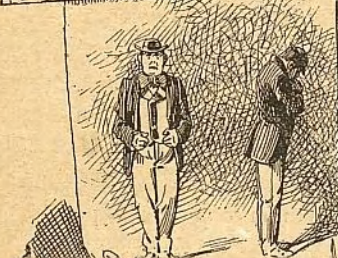
—Porque yo, aunque me esté mal el decirlo, soy librepen-
sador!



—¡Que un libre-pensador tenga
que ver estas cosas!



—¡Querrá!... ¡Querrá! Mas valía
que tu lo te enseñase a hablar bien
pues como se dice?



—Yo creo... creo... que soy
muy desgraciado.



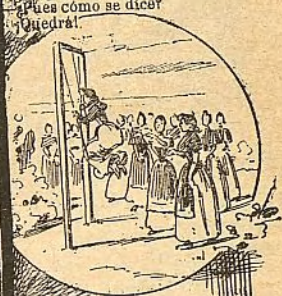
—A la recíproca, amigo,
a la recíproca!



—¡Juanito con o-
tra recíproca!



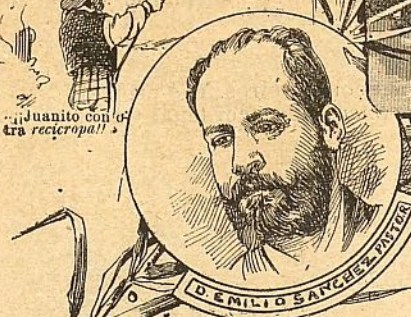
—Sená Brigida! ¡Diga V. a mi tío si toco el Angelus!



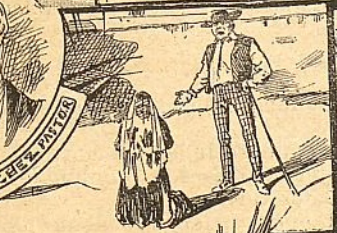
CUADRO II.—ESCENA I



Pues así
nada más.
¡Algo pascas, Colán!



D. EMILIO SÁNCHEZ PASTOR



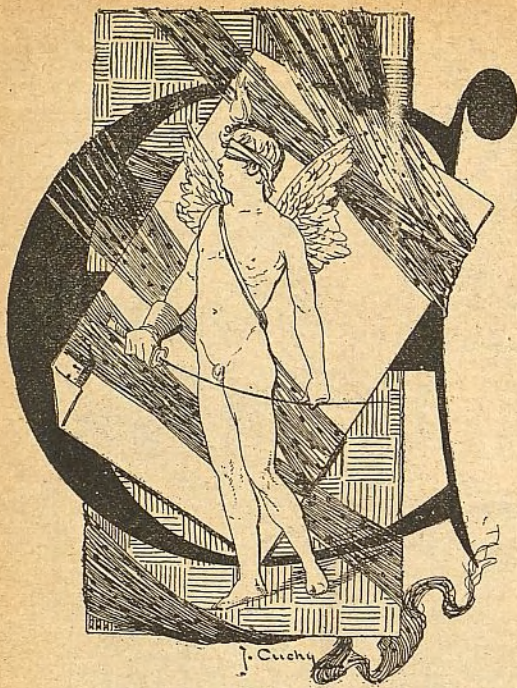
—¡Esta inmóvil! Bien se conoce que este
colagio lo dirige la teocracia!



—¡Sal, hijo del Macabeo, sal...
—¡Es que yo soy hija del boticario de Grijotal!



Zarzuela en un acto, libro de Sanchez Pastor, música de l Mtro. Marqués.



La tarjeta

STABA satisfecho de sí mismo; por fin había conseguido ser dueño de aquella maravillosa hermosura, que se mostraba en todas partes segura de su éxito, con el soberbio desdén de una reina que no teme ser destronada.

Entre sus finísimos y bien cuidados dedos, sujetaba la pequeña tarjeta y pasaba la vista para ver, quizá por centésima vez, aquel pedacito de cartulina, que en una de sus esquinas, tenía grabadas las armas nobiliarias de una familia de ilustre abolengo.

Más abajo, junto al nombre adorado, á aquel precioso nombre, objeto por espacio de mucho tiempo de todos sus afanes, dos líneas trazadas con mano nerviosa, una letra de largos perfiles que denunciaban bien á las claras su procedencia femenina, y unas pocas frases que, en su laconismo, encerraban larguísima historia de amorosos deseos no satisfechos.

«Mañana á las doce; mi esposo está de elecciones con varios amigos.»

Abrió Emilio el elegante tarjetero de piel de Rusia, é introdujo en una de sus divisiones la amorosa

misiva, portadora de la felicidad que ambicionó largo tiempo.

* * *

Jugaban á la desesperada; la raqueta del banquero, ese fatal instrumento de madera que arrastra detrás de las monedas, la alegría, y la honra muchas veces, de infinitas familias, funcionaba aquella noche con rapidez vertiginosa; las pupilas dilatadas, semejantes á las del que muere por asfixia, seguían todos sus movimientos, como si quisieran atraer otra vez, por medio de una combinación hipnótica, aquellos pedazos de metal acuñado, que iban poco á poco á confundirse con las pilas de oro de la banca.

Ni una frase, ni una blasfemia, aunque los labios estaban preñados de ellas. ¡Ah! hubiera sido de malísimo gusto: las gentes de la buena sociedad tienen que justificar siempre lo que son; podrán arrebatarle la existencia inclusive, pero sin que el dolor moral se manifieste nunca por medio de signos exteriores.

El conde había perdido hasta su última peseta: con una frialdad estóica, guardando en los bolsillos de su levita la petaca y el pañuelo que al principio de la sesión colocó sobre el tapete, abandonó su puesto, con la muda desesperación de un vencido en el innoble palenque del vicio, para ir, sin duda, á ocultar su derrota al fondo oscuro de algún saloncillo poco concurrido.

Al cruzar los billares con paso firme y sereno, tropezó con varios amigos que hacían carambolas entre copa y copa de *champagne*, é invitado, tuvo que detenerse y aceptar el obsequio que le ofrecían.

—¿Qué tal, conde, habéis estado de vena?

—No, ni mucho menos; he perdido algunos miles de pesetas.

—¡Diablo! Pues nada, no os preocupéis, y venid luego á cenar con nosotros. Y, á propósito, os presento á D. Emilio Alvarez, uno de nuestros primeros *sportmen* y adorador tenaz y acérrimo del bello sexo; es de los comensales.

* * *

Se respiraba una atmósfera densa, producida por el humo de los cigarrillos, en aquella habitación reducida.

Circulaba el *champagne*, que, desbordándose de la copa convertido en blanquísima espuma, empapaba el mantel adamascado, confundándose con las salpicaduras de grasa de los platos vertidos.

Sobre el mullido diván descansaban ellas, luciendo todas sus encantos y perfecciones; y ellos, vacilantes, con la mirada incierta, rojos, próximos á la congestión, el chaleco desabrochado y la pechera manchada, servían vino, que iba á parar á la alfombra la mayor parte de las veces.

Por las rendijas del balcón, mal cerrado, se filtraba importuna la claridad del día, y allá á lo lejos, sonaban las alegres campanillas de las burras de leche, que iban repartiendo la salud á domicilio.

Alguien propuso que terminara la juerga: abandonó Juanillo la guita-



rra, pasó sus groseras manos á lo largo de los muslos para deshacer las arrugas del pantalón, y salió, llevando en la mano un billetito, en pago de unas cuantas seguidillas gitanas que había entonado durante la noche.

Las *bacantes* cubrieron sus formas, y los caballeros, lacios y tristes, abandonaron también la habitación, llevando impresas en el rostro las señales de la orgía.

Ya en la calle, dijo Emilio:

—Dispensad, conde; se me olvidaba...—Y, sacando una tarjeta, la entregó al Conde que se disponía á hacer lo mismo.

—Aquí tenéis las señas de vuestra casa, y el nombre de un amigo que siempre....

No terminó la frase: el conde, que había fijado sus ojos en la cartulina, lanzó un rugido, y precipitándose sobre el joven, le cruzó la mejilla.

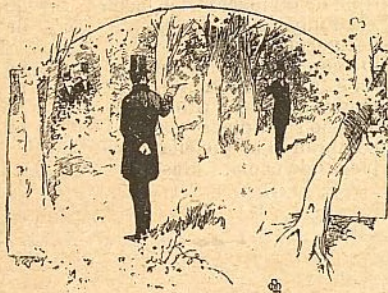
Intervinieron los amigos, y se concertó un lance en aquel mismo momento.—A la Casa de Campo—dijeron, y rodaron los coches de punto hácia el sitio indicado.

Emilio, que todavía no se explicaba lo ocurrido, sacó de repente la cartera, y vió con asombro que había entregado inadvertidamente la tarjeta de la esposa infiel al marido engañado.

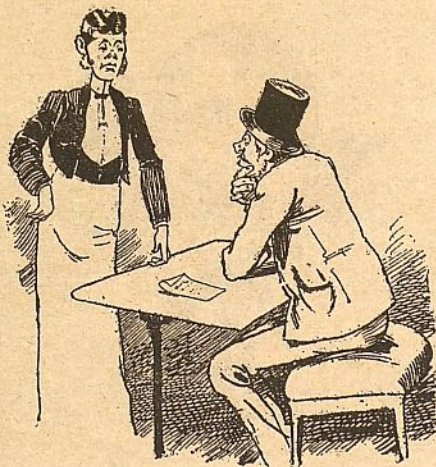
Ocho días después la *inconsolable* viuda iba á distraer un poco su dolor á la capital de Francia.

En Hendaya la aguardaba Emilio, y juntos partieron.

JOAQUÍN E. ROMERO.



Un glotón



Entró en un *restaurant* don Celedonio, el hombre más glotón de nuestros días, (de lo cual puedo daros testimonio) y con voces impías llamó al mozo al instante, pintándose el placer en su semblante.

—¿Qué hay, *garçon*? exclamó.

—No es un misterio:

se asegura que hay crisis, y que es fácil que caiga el ministerio...

—¡Cargue el diablo contigo por bolonio! exclamó con furor don Celedonio;

yo en tan seria cuestión no toco pito; conque venga la *lista*, pues me está devorando el apetito.

Era el mozo ¡infeliz! corto de vista, y en lugar de la *lista*, placentero, el catálogo dió á don Celedonio que había dado á luz cierto librero.

La vista fijó en él con ánsia loca el misero glotón; abrió la boca, dispuesto á decir siempre un disparate, y al fin pidió... ¡¡La Biblia con tomate!

CASIMIRO PRIETO.

El matrimonio y los muebles.

(MONÓLOGO DE UN FUTURO)

Yo no sé lo que me pasa....
¡Si lo llego á precaver!...
Me voy á casar; no es guasa...
¡y mi próxima mujer
me exige que ponga casa!...

Triste suerte es la del hongo...
¡Caramba!... ¡pero es un peso
tan terrible el que me impongo!...
¿Y cómo pongo yo eso?

Decidme: ¿cómo lo pongo?...

Yo he dicho que para el martes
pondré casa... ¡Vaya un chasco!...
¡Si sólo bastan mis artes
para ponerla... hecha un asco
de escupir en todas partes!...

¿Qué tengo que hacer primero?...

Pues no lo sé... ¡Me he lucido!...

¡Ah, sí! buscar á un casero,
porque hay que arrendar un nido
que cueste poco dinero.

Un nido en que dulces trovas
cantaré fanatizado,
vertiendo amor por arrobos;
un nido bien ventilado,
que ha de tener tres alcobas.

Anoche me dijo Inés,
mi novia: «Búscame un piso
primero»... Quizá después
me ponga en el compromiso
de buscarle dos ó tres.

Yo de esa misión me aparto...

¿Y cómo no he de apartarme,
si de decir estoy hartó
á todos, que yo, al casarme

no pienso cojer un cuarto?...

Del nuevo estado al tratar,
no supe echar bien las cuentas
ni me detuve á pensar
que de ese estado las rentas
tendría yo que pagar;
y ahora lo veo con creces:
el matrimonio me arruina
con todas sus pequeñeces,
que la nómina no es mina:
es nominal muchas veces.

¿Y los muebles?... Estoy viendo
que es muy caro el matrimonio.
Como ella siga pidiendo,
mando el azahar al demonio,
de los azares huyendo.

Entre lo que más me apura,
la lista está del mueblista...

¿Acaso Inés se figura
que soy un capitalista?...

¡Ay, qué lista... es mi futura!...

En esa lista que me ha hecho
que compre un lecho me indica,
si es posible, muy estrecho;
y no se casa la chica
si he de olvidarme del lecho.

Adquirir el tálamo es
necesario y procedente;
lo compraré á fin de mes...

En esto, naturalmente,
tendré que dar gusto á Inés.

Mas no se lo pienso dar
comprando lo que ella llama
juegos de cama... ¡Gastar

dinero en juegos de cama
que nunca le han de faltar!...

Pídeme sillas también;
mas pagadas por su esposo
sus ojos sillas no ven...
Yo soy bastante nervioso
y nunca me siento bien.

Y pues que bien no me siento,
querer los cuartos gastarse
en sillas, es necio intento;
cuando ella quiera sentarse
no la faltará un asiento.

¿Se irrita? Para calmarla
ya haré yo lo que convenga...
La casa, pienso montarla,
pero no creo que tenga
necesidad de ensillarla.

Y será tiempo perdido
si la chica se incomoda
por la casa, pues decido
no montarla; con la boda
doy al traste y me despido.

Yo adoro á Inés con pasión,
ella me adora también,
mas no hará esa adoración
que convierta en almacén
de muebles mi habitación.

Plantaré á Inés si me acosa;
no compro trastos endebles,
porque yo digo una cosa:

¿Para qué quiero más muebles
una vez que tenga esposa?...

FERNANDO SEGURA

EL BOLSISTA, por Figuer



Al alza



A la baja



Corresponsales exclusivamente encargados de la venta de
LA SEMANA CÓMICA

EN BARCELONA:

D. JUAN TASSO

Kiosko de la Rambla, frente a la calle del
Hospital.

EN MADRID:

D. JULIÁN RODRÍGUEZ

Ancha de San Bernardo, 27, bajo

EL DIA 29 DE OCTUBRE

Número extraordinario de la SEMANA CÓMICA

Nunca estuvo peor que ahora el servicio de Comunicaciones.

Los ferrocarriles vénse cortados á cada momento; el telégrafo anda por el suelo, las provincias, independientes unas de otras, en perfecta república federal... pero todo ello es un caso de fuerza mayor, una conjuración de los elementos, tan desencadenados como dignos de perpétua cadena.

Verdad es que si los ferro carriles contasen con menos consejeros y con más alcantarillas... ¡no causarían las tormentas tantos perjuicios en las vías férreas!

Si esto sigue, no serán las corridas de toros solamente las que se suspenderán por la lluvia, sino también la circulación de trenes.

Los que han viajado por España en los últimos quince días se han ganado el cielo y hasta se lo han traído a casa.

Porque puede decirse que el cielo se les ha venido encima.

—No se puede pasar de aquí—grita á lo mejor un jefe de estación

—Pero hombre ¡por Dios! ¡si traemos dos horas de retraso!

—Aunque traigan ustedes dos meses. La vía está cortada; venimos de examinarla ahora.

—Y ¿por qué la han examinado ustedes? Quizá se haya cortado... al examinarla. ¡Como los estudiantes tímidos!

Y es que hoy por hoy, en el ramo de Comunicaciones todo está cortado: cortado... por el mismo patrón.

—¿Tú arrancaste de este libro las hojas que faltan, Rosa?

—Yo no, papá.

—Pues ¿quién fue?

—Se habrán caído ellas solas.

—¿Quieres mofarte de mí?

—¡Si no lo digo por mofa! ¡como es otoño y empieza la caída de las hojas!...

Después de un sinnúmero de trastornos y detenciones, llega á abrazar á su familia un viajero procedente de Toledo.

—¿Cómo estás?—le preguntan ansiosos: ¿qué tal el temporal?

—El temporal bien—responde el buen señor palpándose la cabeza;—el occipital es el que traigo descalabrado.

«Uno de los asuntos palpitantes que está llamando la atención pública en París es «el bigote», asunto *fin de siècle* que han hecho cuestión de gabinete los mozos de café, protestando contra sus patrones que les prohíben el uso de aquel. Sobre este original asunto hace un ligero estudio Mr. Bertrand, describiendo en su memoria las diferentes modas á que ha estado sujeto el bigote desde principios de este siglo, y poniendo la siguiente nota al finalizar su tesis: «El bigote no es propiedad exclusiva del sexo feo».

Mis felicitaciones al sexo debil.

La Epoca publica una *interview* celebrada con Zola. Y asegura en ella que el gran maestro al hablar de Oller, de nuestro excelente Narciso Oller, dijo:

—«Se me ha dicho que ha escrito un libro que recuerda mi *Argent*. ¿Es esto cierto?

—Cierito. *La febre d'or*.»

Pues no señor: no es cierto, y Vd. perdone.

Porque para recordar *L' Argent* de Zola, lo primero que se necesitaría sería haberlo leído.

Y todo el mundo sabe aquí que cuando se anunció *L' Argent* de Zola, Oller tenía ya terminada su *Febre d'or*. Por cierto que para evitar que se tomara como imitación lo que fué coincidencia casual, adelantó Oller la publicación de su novela.

Dicho sea todo ello sin ánimo de establecer comparaciones. Y sin otro intento que el de restablecer la verdad... que, tratándose de Oller, debían conocer tan bien en Madrid como en Barcelona.

Supongamos—porque es bien que lo supongámosto—que en San Sebastián hay una administración de Correos.

Y que en esa administración—¡cosa natural!—hay un administrador.

Pues bien, ante el señor administrador de Correos de San Sebastián, caso de que lo hubiera, me permitiría yo arrodillarme. Y una vez arrodillado, lloroso y humilde, con las temblorosas manos estendidas en señal de súplica, le diría:

«¡Señor, señor! ¡que me están fastidiando vuestros empleados!»

Y si él me preguntara: «¿Por qué?» (que hasta puede que lo preguntara) yo le contestaría:

—¡Porque le entregan á mi corresponsal los paquetes destrozados y con muchísimos ejemplares de menos!

Y puede que entonces se conmoviera el señor administrador de Correos de San Sebastián.

Y que pusiera remedio al mal.

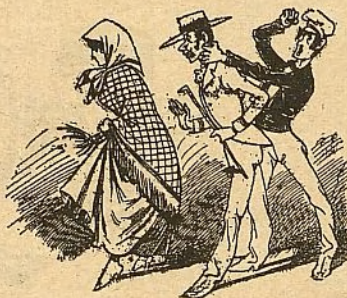
¡A ver! ¡Voy á reflexionar sobre la probabilidad de esto!

OBRAS RECIBIDAS.—*Mancinelli y la Sociedad de Conciertos en Barcelona*, por D. Enrique Sánchez Torres.—Folleto escrito á propósito de los últimos conciertos del Tivoli y en el que, con excelente gusto musical y conocimiento de la técnica del arte, se da en los nudillos al público de Barcelona. El estilo suelto y desenfadado, tal vez demasiado para el que no ha adquirido aun autoridad crítica, y las sanas tendencias de sus juicios, hacen de ésta una obrita muy simpática.

Solos de Clarín (cuarta edición).—¿Para qué hacer elogios de una obra, que sobre llevar al frente uno de los nombres más ilustres en la república literaria, tiene ya agotadas tres ediciones? En otro lugar de este número reproducimos un retazo de ella.

De lo que sí quiero hacer especial mención es de los dibujos de Pons que ilustran el libro. Aseguré tiempo atrás que Pons se colocaría á la cabeza de los buenos dibujantes. Pues bien: ya se ha colocado. Pons es hoy—y lo será más cada día—un artista de los pocos que en España tenemos.

ROMPE CABEZAS



¿A qué título de una zarzuelita del repertorio moderno se refiere el presente grabado?

SOLUCIONES

á los acertijos del número anterior

A LAS CHARADAS.—1.^a Novela.—2.^a Barreno.—3.^a Pantalón.

A LA FRASE HECHA.—Perder la memoria.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. H.—Madrid.—Amemos á la humanidad... y no escribamos quintillas de siete versos.

C. C.—Gijón.—Ni endecasílabos de catorce sílabas. Porque eso sería como querer hacer sopas de pan.... sin pan y sin caldo.

Cinco canta-verdades.—Hombre, yo lo sentiré, claro está, pero... no voy á poder llorar. Porque resulta que si alguien no tiene derecho á quejarse son los lectores de provincias, que al fin y al cabo pagan ahora el periódico al mismo precio que antes.

Niño-Bobo.—¡Anda, anda! ¡Pues si esos cantares eran ya viejos el año de la Nanita!

C. D.—Barcelona.—Y esos... para cantares son demasiado nuevos. ¡Como que son los primeros que veo en versos endecasílabos!

Un amigo de LA SEMANA.—Sí: ya lo leí y agradezco el aviso. Pero ¿no le parece á Vd que á esa como á otras cosas no vale la pena de contestar.

P. F.—Sontander.—Sí, señor: se contesta á todo el mundo. Pero es que Vds. no se hacen cargo de que el espacio es corto, las cartas recibidas muchas... y hay que ir contestándolas por turco. Lo de esta semana es flojillo.

F. de P. H. B. de D.—Cartagena.—Pues... el artículo viene á ser como el nombre del autor: largo, demasiado largo.

Siento infinito que la falta de espacio me impida decir por qué razones no son publicables las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores A. M., *Un tranquil*, A. V. y B., *K. Chiporra*, C. M., *Un hortera distinguido* y P. J. (Barcelona).—M. M. A. y *Un catalá* (Valencia).—C. de D. (Sevilla).—*El tío Quítolis* (Cádiz).—B. C. de M., *El de siempre*, P. P., *Un principiante*. H. P. Z., *Rita Rota* y D. de J. (Madrid).—P. T. Neras.—K. Nela, y A. de B. (Bilbao).

¿Ustedes creerán que no quedan cartas por contestar, eh? Pues sí, señor: quedan.

Barcelona.—Ímp. Ortega. Palau, 4.